

El tejedor o *auntzalea*

El artesano a quien en Guipúzcoa y parte de Vizcaya se le ha llamado *eulea*, en la villa navarra de Arbizu ha sido conocido como *auntzalea*. El tejedor se daba con bastante frecuencia en los pueblos, hasta el primer tercio del presente siglo –en Tolosa el año 1788 había veinte telares, ocupándose en ellos ciento veinte operarios¹–, y nosotros, aunque no alcanzamos a ver el funcionamiento en plan industrial de aquellos ingenios caseros, que eran los telares, sí podemos dar fe de la bondad de las diferentes prendas en ellos confeccionadas. Hemos llegado asimismo a tiempo para dialogar con el hombre, bien entrado en años, que otrora fue artesano tejedor, *auntzalea* o *eulea*.

Contamos con referencias directas del que fue el último *eulea* de la villa vizcaína de Ceánuri. Este se llamaba José Ciarrusta y nació en el caserío «Azkuenaga» de la localidad de Dima. En Ceánuri tuvo el taller en la casa solar de «Urizar». Hoy en «Urizar» habita Máximo Echeverría, en quien encontramos a un hombre tan simpático como inquieto. Echeverría, en desinteresada intervención, recuperó el telar y gracias a él se conserva y podemos verlo en movimiento.

El padre o *aita* y el abuelo o *aititte* de José Ciarrusta, al igual que los hermanos de éste, Ceferino y León, fueron asimismo tejedores.

Ceferino, que murió hace pocos años, trabajaba en su caserío de «Munítxa» en Dima, y León tuvo el telar o *euntegie*, donde tejieron también sus mayores, en su caserío natal de «Azkuenaga», próximo a la ermita de Santiago.

Al abandonar León Ciarrusta el quehacer manual, y esto lo hizo el año de 1936, desaparecía de Dima el oficio de tejedor. Y como hecho curioso señalaremos que después de dejar su hermano el telar, León confeccionó solamente una pieza.

1. Archivo Municipal de Tolosa. Libro de actas de 1788.

Sería en un caluroso mediodía de este verano de 1975 cuando llegamos a Dima para hablar con León Ciarrusta, y ante nuestra imposibilidad de alcanzar las puertas del caserío «Dimegan», donde él hoy habita, solícito a la llamada de un común amigo, bajaría a nuestro encuentro. De esta manera, pues, nuestra conversación con Ciarrusta se llevaría a cabo junto a la carretera, a la sombra de un árbol, cerca de la porticada ermita de la Piedad y no lejos del templo parroquial de san Pedro y san Pablo.

León Ciarrusta es un hombre enjuto y de tez curtida, propia del hombre del campo. Mientras responde con hablar quedo a nuestra curiosidad, sus manos juegan con una rústica *makila*.

Aparte de los que llevamos citados, como tejedores que tuvieron su taller en Dima mencionaremos a Crisóstomo Sagarna, con telar en el caserío «Atux», y a Pujana, que tejía en el solar de «Olabarri», en el barrio de Indusi, y a quien León Ciarrusta no llegó a conocer.

Recuerdo muy bien a un *eulea* de Régil. Este tejedor, José Ignacio Azurmendi, acostumbraba a frecuentar la casa del que estas líneas pergeña, y su estampa se mantiene bien fresca en mi magín. A Azurmendi le conocí bastante mayor y algo renco, y para su lenta andadura se valía de un bastón de silenciosa contera. Azurmendi era de comedida palabra. En aquel *eulea* de Régil teníamos a un artesano *burutsu* o ingenioso, de poca *berriketa* o habladería. Sus comentarios y juicios, nada precipitados, reflejaban una gran sensatez. José Ignacio Azurmendi murió en su villa natal de Régil, allá por la década del cincuenta.

Hemos conocido asimismo a otro tejedor. Un buen día tuvimos la fortuna de saludar a un antiguo *auntzalea* de Arbizu, para entonces ya casi nonagenario y cuya vida transcurrió en gran parte identificada con este menester tan ancestral como es el de la confección del lienzo.

La vida económica de Arbizu descansa, de manera principal, en la riqueza forestal y ganadera. Y, al igual que en otros muchos pueblos de similares características, la mayoría de sus casas son pequeñas, formadas de un bajo, primer piso o *ganbara* y una segunda planta o *ganbaratxo*, sin ventana al exterior, donde almacenan la hierba y la paja o *agotza*.

Varias de estas casas llevan el acceso adintelado, y otras cuentan con un arco de medio punto, de hermoso dovelaje. El corrido balcón o la piedra de los recercos y esquinales embellecen la perspectiva del conjunto de estas construcciones. Son casas que, aunque retocadas, por lo general con buen gusto, conservan su primitiva traza.

«Kataliñena», con su entrada pintada de verde claro, es una de estas casas. En «Kataliñena» nació, el 26 de febrero de 1883, y vivió, hasta su fallecimiento hace un año, José Joaquín Razquin Lazcoz, el último tejedor o *auntzalea* de Arbizu. El tejedor que después de cuarenta años de dedicación a este oficio, abandonaría el telar el año 1945.

José Joaquín Razquin nos produjo la impresión de un hombre abierto y amable. Ligeramente encorvado, no se nos olvidan aquellos sus vivaces ojillos de picara mirada, algo oculta y disimulada tras el cristal de sus antiparras de recia armadura. Con la facultad auditiva algo mermada, de la memoria de José Joaquín Razquin afirmaremos que era privilegiada. Su conversación no estaba exenta de gracia, y la sabía llevar enriquecida con la anécdota y el refrán oportunos.

Mas José Joaquín Razquin no fue el único tejedor de Arbizu. En la misma casa de «Kataliñena» vieron por vez primera la luz los mayores de José Joaquín: su padre, Salvador, su abuelo, José Joaquín, y el bisabuelo, Fernando Razquin, que fueron asimismo *auntzaleek*. Y añadiremos que, durante varios años, esta familia tuvo dos telares. En uno manipulaba José Joaquín, y en el otro lo hacían su padre y su abuelo. Y fue José Joaquín el maestro artesano del que con el tiempo sería el llamado a cerrar para siempre las puertas de su taller, *aunteeia* o *aunteegia*.

En la casa «Pellorena» de la misma localidad trabajaba Marcos Razquin –hermano del abuelo de José Joaquín Razquin Lazcoz–, a quien sucedería en el oficio su hijo, Bernardo. En José María Altxaga tuvimos a otro de estos artesanos arbizuarras. Altxaga tenía la industria en su casa conocida como la de «Altxaganak». Pero observaremos que la casa que cobijaba a estos talleres o *aunteegiek* era llamada por el nombre de *auntzeliarena* o *eunzelearena*, que es como aparece en un testamento fechado en 1823, y que nosotros lo hemos examinado en la casa «Estaanea» de esta villa de Arbizu. Voces éstas, las de *auntzeliarena* y *eunzelearena*, que, al igual que en otros muchos casos similares, al desaparecer el oficio, caen en desuso y olvido.

Del indispensable hilo para poner el telar en marcha, Razquin Lazcoz se proveía de las hilanderas que a la sazón, haciendo bueno el dicho de que «poco se gana hilando, pero menos mirando», había en casi todas las casas de labranza, no sólo de Arbizu sino también de las demás localidades vecinas. Con preferencia, la mujer trabajaba durante el verano en el campo y reservaba para el hilado la jornada de invierno.

Las hilanderas se valían de un saco para llevar los ovillos al sitio de trabajo del tejedor, *auntzalea* o *eulea*. Y como detalle curioso señalaremos que, por experiencia empírica, el artesano conocería a través de estos ovillos o *arileak* –en Ceánuri y Dima– el grado de las cualidades de laboriosidad, orden y limpieza de la mujer que había llevado a cabo la entrega correspondiente.

Una vez el hilo en el taller, el *auntzalea* pesaba los ovillos. La mitad del hilo, el más fuerte, el que haría el tejido en horizontal, lo separaba con destino a las canillas o *tutuk* –Ceánuri y Dima– que llevan las lanzaderas, y los restantes ovillos o *arileak* reservaba para depositarlos en unos cajones que reciben el nombre de *lakak*. En Arbizu, Ceánuri y Dima hemos comprobado que estos recipientes han sido conocidos por igual nombre y que su número es también el mismo. Son doce *lakak* que cosidos entre sí forman un

cuerpo. De cada uno de sus costados arranca un listón de unos ochenta centímetros. Listones, estos dos, que quedan unidos por una vara, de la cual pende un aro metálico para el hilo de cada caja. Por estos aros pasa el hilo de los ovillos a la devanadera urdidora, al ingenio llamado *izkidornua* o *iriztegia*, en Arbizu y Ceánuri, respectivamente, y, también, *arilkai*, en Oyarzun y Rentería².

La *izkidornua* o *iriztegia* es una armazón de madera, compuesto de un eje –que se apoya en el piso y con sujeción en el techo– y dos aspas –una superior y otra inferior–, con sus extremos unidos por medio de unas varas circulares.

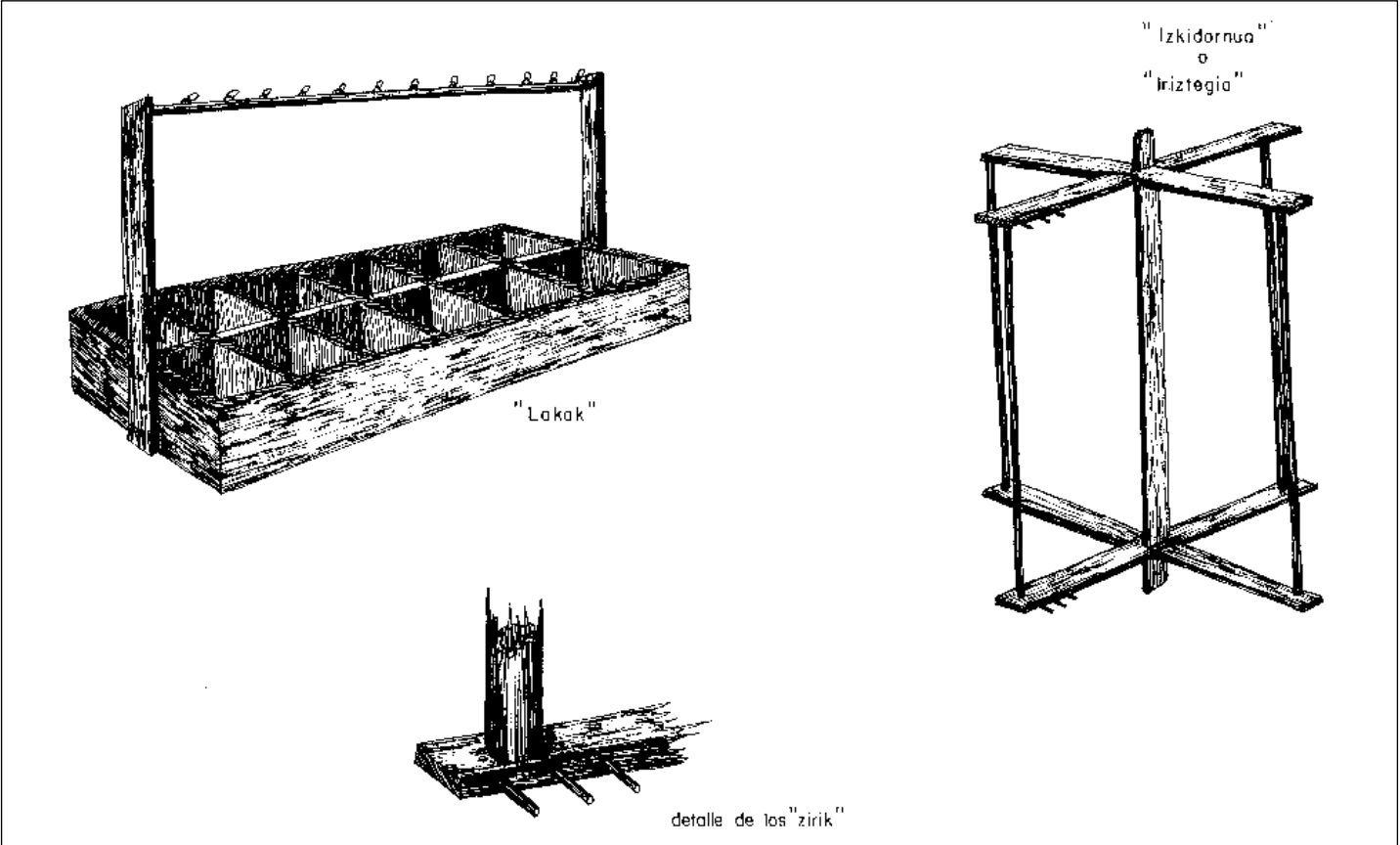
Las dos aspas llevan tres *zirik* o palitos en una de las tablas del mismo lado. Veamos ahora cómo se emplea la *izkidornua*.

El tejedor, con un pie sobre la silla, recoge con una mano los doce hilos, al tiempo de que con la otra pone en movimiento giratorio a la *izkidornua* o *iriztegia*. Por los *zirik* superiores comienza el arrollado del hilo, que proseguirá hasta alcanzar los otros tres palitos que hemos indicado van en el aspa inferior. De aquí, la labor continúa en dirección ascendente, y así, sucesivamente, una y otra vez, se repite la operación hasta terminar el hilo. La *iriztegia* de Ceánuri tenía dos metros y medio de ancho por otros tantos de altura, y una vuelta de arrollado en la *izkidornua* de Arbizu equivalía a seis varas navarras, cada una de 0,785 metros. Y como es lógico de suponer, el número de vueltas de los hilos en la *izkidornua* se halla en función del largo de la pieza a confeccionar.

Los hilos de la *iriztegia* o *izkidornua* se sueltan en cadeneta. De esta manera se evita la maraña y se consigue trabajar en cómodo desenredo del hilo. Del hilo que tratado de esta forma se deja en una amplia cesta circular, en Ceánuri *otzarea* o *balotzarea*. Seguidamente de la labor descrita, la *otzarea*, con el hilo urdido para iniciar el cometido de tejer, la dejan sobre el piso y junto al telar, en su lado opuesto a donde, sobre un inclinado asiento de madera, se colocará el *auntzalea* o *eulea*.

Al artesano le resta ahora el urdido de la otra mitad del hilo, que en el lienzo ha de ir en horizontal. Para ello recoge este hilo en una pequeña pieza denominada canilla o *tutu*. En llevar a cabo este menester se sirve del torno de urdido, útil que en Arbizu recibía el nombre de *kanillek biltzeko dornua* o torno para arrollar las canillas. En Ceánuri, esta máquina se halla formada por un bastidor donde va una rueda de ochenta centímetros de diámetro, que dispone de la correspondiente muesca y se acciona con una manivela. Al girar esta rueda pone en movimiento, por medio de una cuerda, a un carrete en cuyo eje de hierro, en su parte que sobresale, se introduce la canilla o *tutu* donde se arrollará el hilo. Más tarde, estas canillas se aplicarán a sus respectivas lanzaderas.

2. J. Aguirre, Catálogo de Etnografía, en «RIEV», tomo XVIII, pág. 193.



Dibujos: Ignacio Garmendia Galardi

La rueda de la *kanillek biltzeko dornua* de Arbizu contaba con un diámetro de setenta centímetros, y en lugar del carrete llevaba otra rueda, ésta muy pequeña, que por medio de dos cojinetes se apoyaba en el bastidor.

Según pudimos escuchar en Arbizu, una libra de hilo equivale a doce onzas. Si el hilo era fino, con una libra se tejían vara y media de largo por tres cuartos de ancho.

Hasta aquí el proceso del urdido del hilo que, a su debido tiempo, se emplearía en la confección.

Para la labor de confección nos fijaremos en el proceso usual de nuestros antiguos tejedores, *auntzaleek* y *euleek*. Aquí nos interesa el telar manual, y dentro de los de esta característica, el de madera. Mas siendo antiquísima la técnica del entrecruzado de las fibras, y entre ellas la del hilo para la confección del tejido, el telar manual ha estado sujeto a un curso evolutivo, dentro del campo de su perfeccionamiento. Así tenemos que del telar vertical se pasaría al horizontal.

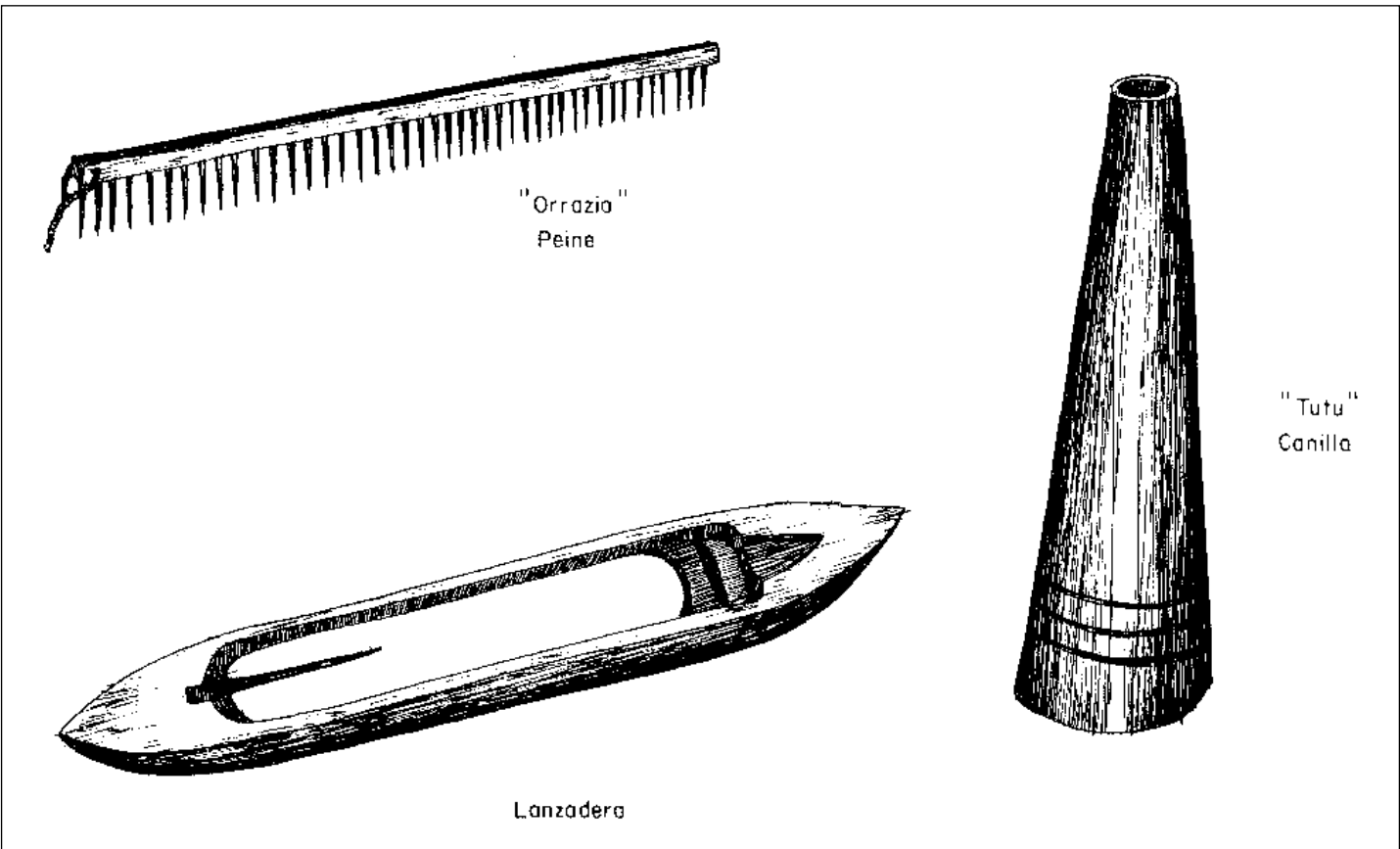
De la parte superior del bastidor rectangular del telar vertical pendían los hilos de la urdimbre, tensados por medio de la correspondiente pesa que llevaban en el extremo inferior. A estos hilos cruzarían otros en sentido perpendicular.

La paternidad del telar horizontal, en tiempos que se remontan a mediados del segundo milenio anterior a nuestra Era, se atribuye a los egipcios. Pero dentro de sus particularidades principales, como es el movimiento alterno de los hilos de la urdimbre que hacen el largo del lienzo, este telar horizontal no ha escapado a la innovación, inevitable innovación, diríamos nosotros, que lo haga más cómodo y provechoso en su empleo.

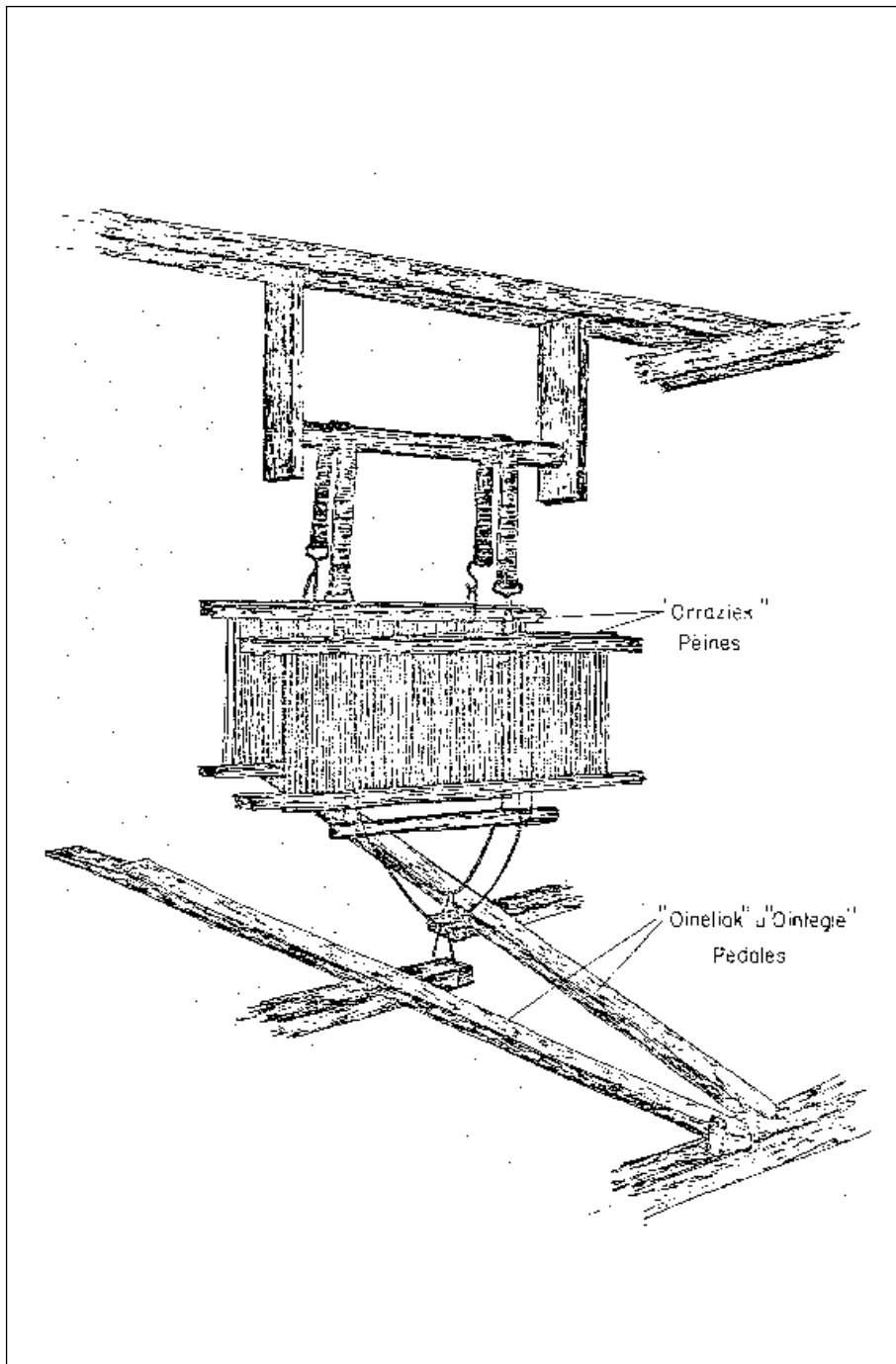
En la parte dedicada al urdido del hilo señalábamos cómo éste, concluido el menester aludido, se depositaba en una cesta que el tejedor la dejaba cerca del telar. Pues bien, este hilo se arrollaba primeramente en un cilindro o *buruntzikia* –en Arbizu³–, que, a poca distancia de cada uno de los extremos, cuenta con un orificio. Estos dos agujeros se distribuyen de manera que si uno queda en posición vertical, el otro del costado opuesto va en horizontal.

Uno o dos ayudantes –por lo general de la familia del *auntzalea* o *eulea*– sostienen el hilo, mientras el artesano tejedor acciona a mano la *buruntzikia*, sirviéndose para esto de una vara –*makila* en Arbizu– que, según convenga para el trabajo, la introduce en uno o en otro de los orificios citados. Esta labor de pasar el hilo de la cesta a una pieza del telar, como es la *buruntzikia*, recibía el nombre de *eunsartzea*, en Ceánuri y Dima. Por León Ciarrus-

3. En el arriba citado trabajo de J. Aguirre, en la pág. 181 del mismo volumen de «RIEV», figuran varios de los nombres de las piezas de un telar.



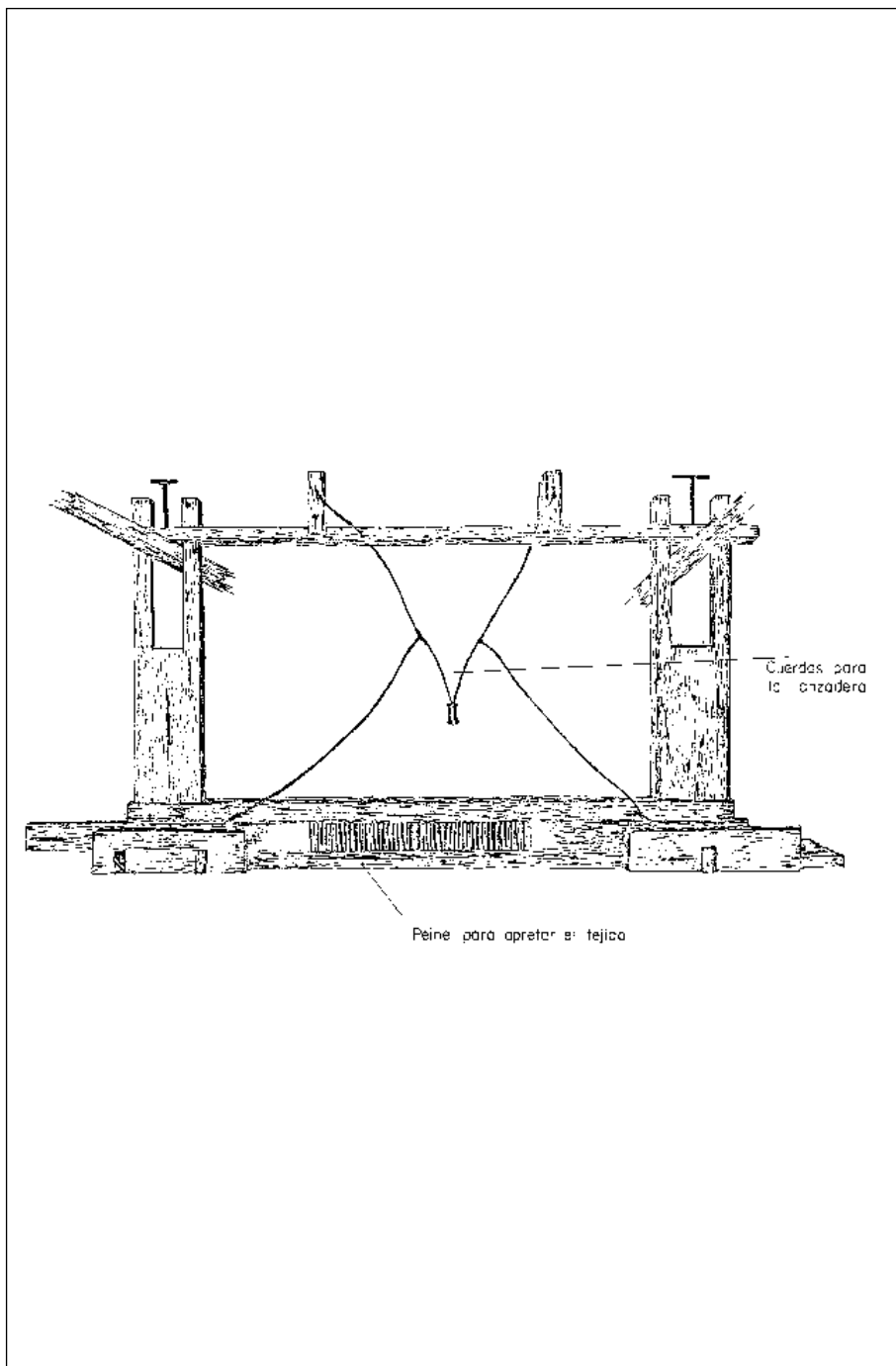
Dibujos: Ignacio Garmendia Galardi



Dibujos: Ignacio Garmendia Galardi



Jose Joaquín Razquin Lazcoz, el último tejedor o *auntzalea* de Arbizu (1883 - 1974)



Dibujos: Ignacio Garmendia Galardi

tia sabemos que el proceso del quehacer que iniciaba con el pesado del hilo recibido de la hilandera y concluía en la *eunsartzea* o colocación del hilo en el telar le llevaba una jornada de trabajo. Y por este cometido el artesano cobraba *kuarta bat arto* o una cuarta de maíz, que en Dima equivale a 12 kilos y medio, siendo su precio, hace cuarenta años, el de 85 céntimos el kilo.

El hilo arrollado en la *buruntzikia*, pasando por otro rodillo –en algunas máquinas reemplazado por una tabla– y por dos cañas embadurnadas de cera que hacen de guía, llega a los dos peines, que en Ceánuri son de hilo, dispuestos el uno delante del otro e inicialmente a la misma altura.

Por cada peine pasa la mitad de los hilos. El telar cuenta con dos pedales –*oiñeliak* en Arbizu y *ointegie* en Ceánuri y Dima–, y por medio de cada uno de éstos el tejedor pone en movimiento a un peine u *orrazia*. A golpe de pedal sube un peine, mientras quedan los hilos del otro en plano inferior. Entonces, el *auntzalea*, *eulea* o tejedor, que como ya dijimos a su debido tiempo toma asiento sobre una tabla en plano inclinado, con la diestra hace uso de la lanzadera, que sabemos lleva en su interior la canilla o *tutu* provista de hilo, y cruza o pasa el hilo entre los otros que hacen el largo del tejido. Seguidamente, accionando el otro pedal, cambia la posición de los peines y vuelve a cruzar la lanzadera en sentido contrario al anterior, y así sucesivamente.

Con el tercer peine –en Ceánuri hecho con corteza de caña y que puede ser más o menos cerrado según lo exija el grosor del hilo– asido con la mano izquierda, cada vez que cruza el hilo de la lanzadera irá apretando el tejido, que se tensa por medio de dos piezas de madera con remates de hierro que se sujetan en los extremos de la labor. Labor que cuanto más estrecha sea se presta a un apretado más cómodo y perfecto.

Y ahora que hemos mentado los peines u *orraziek* que se le aplican al telar, *aunteie* –Arbizu– o *euntegie* –en Ceánuri y Dima–, añadiremos que los utilizados en la arbizuarra industria de Razquin Lazcoz eran casi todos de caña, que el tejedor los recibía de Barcelona, y alguno que otro de acero. El peine de caña ha dado mejor resultado que el de acero, puesto que éste, por su falta de flexibilidad, rompía con más facilidad el hilo.

Como hemos observado más arriba, para el hilo fino se emplea el peine estrecho, y más abierto será el usado con el hilo grueso. El *auntzalea* José Joaquín Razquin contaba con peines de tres cuartos de vara, de tres cuartos y medio y de cinco cuartos de vara.

Para hacer uso de la lanzadera, algunos tejedores se han valido de la cuerda que pende de cada lado del telar. En este caso, el *auntzalea* tiraba alternativamente de estas cuerdas.

Según se avanza en el menester del confeccionado, el tejedor acciona, sirviéndose asimismo de una cuerda, la *buruntzikia* y suelta el hilo necesario

para proseguir su labor. A través de una tabla, el tejido confeccionado se arrolla en un cilindro y, concluida la faena, se corta, dejando un trozo para empalmar con el hilo de la siguiente tarea. Por último, el tejido se pasa del telar a una vara cilíndrica. Vara que, a su debido tiempo, al ir a entregar el género confeccionado, quedará en poder del artesano tejedor.

La medida de transacción empleada por todos o casi todos los tejedores ha sido la vara o *kana*, y tanto el ancho como el largo de las piezas podían variar de una a otra.

El largo del lienzo tejido por el artesano arbizuarra José Joaquín Razquin se hallaba comprendido entre las veinte y las cien varas navarras, que sabemos cada una tiene 0,785 m., y de tres cuartos o *iru-kuerta*, vara y de cinco cuartos o *bost kuerta* de vara solía ser el ancho. La tela estrecha, la de tres cuartos, resultaba más resistente que la otra, de vara o de cinco cuartos de vara. Como ejemplo apuntaremos que la sábana o *mandiria* confeccionada con el peine u *orrizia* de *bost kuerta* llevaba dos piezas, y la hecha por medio del peine de *iru kuartakoa* se componía de tres secciones. Secciones o piezas que, después, serían cosidas con una aguja.

Por la confección de una vara de largo en una pieza de tres cuartos o *iru kuerta* de vara de ancho, Razquin Lazcoz cobraba un sueldo o *sueldo bat*, y por la de cinco cuartos o *bost kuerta* diez céntimos más. Y señalaremos que un sueldo de aquéllos equivalía a veinticinco céntimos.

A Razquin le tocó trabajar sin contar con el auxilio de la luz eléctrica. Para el indispensable alumbrado se sirvió de un quinqué de petróleo que, más adelante, lo sustituiría por uno de aceite. Este daba mejor luz y era más limpio que el de petróleo, que llegaba a manchar el tejido del telar.

En una jornada de trabajo, que el tejedor la acostumbraba a iniciar a las seis de la mañana y, respetando el paréntesis del mediodía, la daba por concluida a las ocho de la tarde, confeccionaba diez, doce o catorce varas de largo por tres cuartos de ancho. Esta diferencia en la producción que acabamos de anotar había que buscarla en la calidad del hilo empleado en tejer. El de fácil rotura, por el consiguiente trabajo de reparación que ello representaba al artesano, requería de más tiempo y paciencia que el manipulado del hilo de buena calidad.

El hilo grueso se empleaba en la confección del saquerío, y el fino se reservaba para las camisas o *atorrak* de mujer y hombre, juegos de cama y pañuelos para el tocado femenino, principalmente. «Desde que puso la moda la del pañuelito blanco, parecen las labradoras palomitas en el campo».

Los clientes del tejedor José Joaquín Razquin se repartían, además de su pueblo, por Alsasua, Urdiain, Bacaicoa, Iturmendi, Echarri-Aranaz, Lizarraga, Torrano y Unanua. Fiel a añosa tradición familiar, el trabajo confeccionado durante la semana acostumbraba a entregarlo en su recorrido

dominical. Recorrido que comenzó por hacerlo solo y a pie, cargando las piezas al hombro, para más tarde, en sus diez postreros años de tejedor, servirse de un jumento, para llevar la mercancía a repartir.

Las piezas tejidas por León Ciarrusta se hallaban comprendidas entre las seis y las ciento veinte varas o *kanak vizcaínas* –que son de a 0,8359 m.–, largo este último que podía alcanzar la pieza confeccionada con hilo fino. Con lo que apuntamos que el mayor o menor grosor del hilo incide en el tamaño del lienzo. Con igual peso, empleando el hilo fino se puede tejer doble cantidad que con el grueso.

León Ciarrusta comenzaba a trabajar al rayar el día o *egune zabalkeran* y con el crepúsculo vespertino o *illunkeran* daba por terminada la jornada laboral. Entonces apagaría el farol de petróleo o, el más moderno, de aceite.

La sábana o *izerea* confeccionada por Ciarrusta requería de *zazpi terdi kana* o siete varas y media. Su ancho lo formaban tres piezas de *iru kana lauren* o tres cuartos de vara cada una y su largo sería el de *bost kana ta lauren* o cinco varas y un cuarto. Indistintamente al grosor del hilo tejía también para hacer camisas o *arkondareak* y ropa interior de mujer o *azpiko goneak*.

Por el largo de una vara o *kana* de hilo grueso cobraba un real o *erreal bat*, y por la misma medida de hilo fino *iru txakur ede iru txakur derdi*, treinta o treinta y cinco céntimos.

León Ciarrusta trabajaba durante todo el año; mas de manera especial durante el invierno. Aunque en ocasiones llevaba el género a la casa de la cliente, en Ceberio, Durango, Yurre, Amorebieta, etc., esta operación de la entrega del lienzo la realizaba por lo general en su taller. Aquí cobraba la suma estipulada, aunque con demasiada frecuencia para el tejedor, esta última parte de la transacción podía quedar para más adelante, para una inconcreta fecha.

Con unas referencias que pertenecen a nuestro ayer y que de una u otra manera se relacionan con el tejedor o *auntzalea* cerraremos este ensayo. Son apuntes, éstos que no tardaremos en ver, que descubren parcelas domésticas hoy casi olvidadas. Quizás, desde cierto punto de vista al menos, demasiado olvidadas, puesto que no nos cabe la menor duda de que si a través de sus líneas se columbra una forma de vida que hoy se nos presenta sencilla y limitada, no es menos cierto que ella se nos antoja más humana que la de nuestros días. Pero abandonemos los predios de la divagación y vayamos al grano.

En un contrato matrimonial de Berastegui, que se remonta al año de 1721, figura:

«una cama entera con dos hazes buenos de lienzo de la tierra (...)». A idéntico contrato de la misma villa guipuzcoana corresponde el siguiente texto,

fechado el 12 de febrero de 1760: «(...) trae para el mismo matrimonio: tres camas nuevas, dos de ellas de plumón y la tercera con colchón de lana – tres arcas de guardar ropa nueva con sus cerrajes y llaves; nueve aces de cama, los siete de ellos nuevos y los otros dos aunque usados buenos todos de lienzo de la tierra..., cinco toallas todas ellas de lienzo de la tierra y nuevas (...)».

Transcribiremos ahora parte de otro documento:

«El día 5 de Octubre de 1852 se me presentó María Josefa Olasagarre a que le hiciera el favor de anotar los reales pagados a Domingo Reparaz su cuñado, por señalamiento de su mujer de lo que le pertenecía de su casa nativa.

Echas las cuentas la mencionada María Josefa y Domingo Reparaz resulta haber recibido el dicho Domingo diez y ocho pesos y seis reales y medio o 150 r. y medio fuertes.

Iten a Domingo Reparaz le trabajé telas cuyo importe es 17 reales fs. que sumadas ambas partidas resulta haber recibido 21 pesos menos un sueldo.

Iten por tejer una pieza de telar a Vicenta Reparaz por cuenta de su padre, cuyo importe es 8 r. y medio.

Iten. día 16 de Marzo de 55, por tejer una pieza cuyo importe es 9 reales fs.

Iten. cuando casó la hija de Domingo Reparaz le tejieron unas toallas y su trabajo 7 reales fs. y son 24 pesos.

Iten. por tejer una pieza de lienzo a Vicenta Reparaz, y su importe por tejer, 20 r. Son 25 pesos y una peseta.

Iten a Martina Reparaz le hicimos telas cuyo importe es 34 rs. fs. y un día de jornal del ayudante (...)»⁴.

Con estas anotaciones que acabamos de conocer recordaremos, como muy propia del caso, la popular expresión de «Idem de lienzo», que en Navarra se ha creído tiene su origen en las representaciones de los distintos gremios de Estella que acudían a la procesión de Viernes Santo y eran convocadas por medio de una lista que, entre otras cosas, decía: «Pelaires. Curtidores. Tejedores de paño. Idem de lienzo».

«Cuatro oficios tengo, madre,
como buen trabajador:
pelaire, zurramelair,
contrabandista y ladrón.

(Canción de Tierra Estella)»

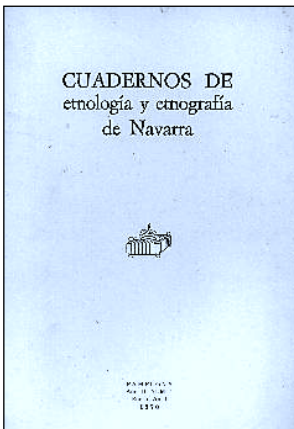
Mas, según leemos a José María Iribarren, el dicho en cuestión parece que nos llega de la relación de prendas de soldado de la primera guerra

4. Documento que nos ha sido facilitado en la casa «Estaanea» de Arbizu.

civil: «Pantalones de paño. Idem de lienzo. Botines de paño. Idem de lienzo»⁵.

En nuestros días, salvo contadas excepciones, como es el caso de los telares de la villa de Ezcaray, podemos afirmar que ha desaparecido el tejedor artesano. Y así, su telar, aquel viejo ingenio de madera, es cosa del pasado. Las pocas de estas máquinas que se conservan, las pocas que se han salvado del fuego, arrumbadas o recogidas en algún museo, no encuentran al tejedor, *auntzalea* o *eulea* que pulse sus pedales y accione la pequeña lanzadera. Aquel monótono sonido del telar resulta desconocido para el hombre de hoy. Según me contaba Javier de Aramburu, por este ruido la casa de un tejedor de Fuenterrabía recibía el onomatopéyico nombre de «Ran-ranenea». Era, aquél, un peculiar triquitraque producido por el peine al cruzar el hilo, que se interrumpía a la rotura de éste. Y si esto ocurría a menudo, con más frecuencia que lo considerado como normal, ello exasperaba al tejedor o *auntzalea*, quien veía que transcurría el tiempo y no remataba la labor calculada para la jornada. Entonces, si se daba este caso, pregonado por el paréntesis silencioso del telar, el comentario de los vecinos de la industria casera, y esto lo recogimos en Dima, solía ser el siguiente: *euleak gaur umore txarra dauka*, el tejedor hoy está de mal humor.

Estos pormenores que a guisa de epílogo hemos señalado sabemos que resultan marginales a la labor del artesano tejedor; pero estamos asimismo seguros que ellos, los detalles a los que aludimos, nos ayudan a conocer mejor su vida y por ende a completar la visión de conjunto de esta artesanía.



El tejedor o “auntzalea” / Juan Garmendia Larrañaga.
- En : *Cuadernos de Etnología y Etnografía de Navarra*.
- Pamplona: Institución Príncipe de Viana. Diputación Foral de Navarra. Nº 21 (1975), p. 367-381. - OC.
T. 2, p. 573-587

5. Iribarren, José María, *Vocabulario navarro*, págs. 387, 594-595.1. Archivo de Protocolos de Guipúzcoa (Tolosa). Leg. 579. Año 1800, fols 587/588.